

po, el mismo amor que os hace llegar á tantos extremos por alumbrarme y remediarme erfe en mi nuevo espíritu, aborrecedor de tan pestifero enemigo.

Vos sabéis, Señor mío, que no es posible aborrecer yo cosa que hasta ahora tanto amé, conocer sus ocultos ardides, huir y escapar de ellos, tenerle siempre y tratarle como enemigo de mi bien, sino con fuego y amor vuestro, puro y desinteresado con que á solo Vos quiero obedecer y complacer. Está, Dios mío, el amor propio dentro de las entrañas de este hombre terreno, y cuando pienso que me veo y conozco, cotejándome con Vos, me hallo más preso de él. Conmigo anda, conmigo crece, conmigo se acompaña; en todo se me mezcla, en todas vuestras cosas quiere tener entrada, por valer, por ser señor, por reinar; y, por mi desgracia, casi siempre lleva la mejor parte. ¿Qué haré, Dios mío, contra el peso de esta miseria, y contra las leyes de esta carne que es á Vos tan contraria? No tengo, Señor, otro remedio sino á Vos, que sois mi Dios y Señor; por eso nacéis, por eso os tratáis tan ásperamente. Curad, pues, buen Jesús, con esos vuestros canterios la podredumbre de estas miserias, y con la fuerza de vuestro espíritu la flaqueza del mío.

Vida y consolación de mi alma: esa tierra no os ha de conocer, esa bajeza no os ha de amar, ese pesebre no ha de saber quién sois, y quedará cada cosa lo que fué, porque no habéis de mudar su insensible naturaleza. Este duro y terreno corazón, el estiercol de las miserables aficiones de esta alma, la bajeza de estos deseos en que me mantuve hasta ahora, se mudarán, Señor, con vuestra presencia; dejad ese lugar, venid á mí. A mí me podéis ablandar, alumbrar, transformar, abrasar, para que os ame, os conozca, os adore, os abrace y posea, y por Vos me aborrezca á mí perfectamente. Venid, Jesús mío, á esta alma, porque aquí me humillaréis, y en mi humildad seréis glorificado, y me enseñaréis vuestras verdades, venceréis mis enemigos y haréis vivir en esta alma vuestro espíritu, con muerte del terreno que en mí vive. Poneos siempre, buen Jesús, delante de mis ojos; haced presente á mi corazón para que vuestra hermosura y suavidad me enamoren; para que pierda el sabor de esta tierra; y pues toda mi perdición me viene de hacer el gusto de mi carne contra el vuestro, Vos sabéis que no puedo con ella, y cuán flaco soy en llegando la ocasión, que sólo vuestra poderosa mano me puede guiar, y sola ella esforzarme contra mí. Aquí me pongo á vuestros pies; aquí me ofrezco á Vos todo con mis llagas; quiero en esta hora todo lo que de mí queréis; deseo que en todo hagáis vuestra voluntad. Aunque esta pesada carne quiera otra cosa, mortificadla Vos, buen Jesús, quebrantadla y haced que sirva á vuestra voluntad; mostrad en mí la fuerza de vuestro espíritu y del amor que os trae á la tierra. Vos sabéis lo que en esto desea mi corazón, y lo que debe desear; obrad conmigo según vuestras grandes misericordias, que yo no sé más que mostrar mis llagas y suspirar á Vos, Dios mío, esperanza mía, mi ver-

dadero amigo y remediador, en quien confío, á quien adoro, alabo y deseo de todo mi corazón.

¡Oh Madre y Virgen sacratísima! Valed á este miserable desterrado; ayudadle á quebrantar las durezas de este terreno corazón y las contradicciones de este miserable cuerpo, y sujetadle todo á este Señor perpetuamente y en todo. No quede yo sin el fruto de los trabajos de este Señor, y fuera de su gracia; ayudadme á contentarle, á vencerme y á servirle siempre y amarle. ¡Oh ángeles y almas purísimas de esa soberana corte! Amad y glorificad á ese Señor con infinitas alabanzas por todos los favores que me hace, y sed mis abogados é intercesores, para que esta pesada tierra no me venza; mas alcanzadme espíritu para traerla siempre debajo de los pies del Señor, cansada y atribulada, hasta que merezca con Vos la paz eterna para siempre. Amén.

#### TRABAJO V

##### Lágrimas del Señor por nuestros pecados.

ENTRANDO el Señor en el mundo, la primera voz que dió después de nacer fué llorar como todos los demás niños, pareciéndose con ellos en todo. No es cosa de poca consideración y admiración, ver al Hijo de Dios vivo encubrir su eterna sabiduría, y vivir en silencio hasta el tiempo que las demás criaturas hablan; y llorar, dejarse envolver, traer en brazos, y ser tratado como las demás criaturas, no mostrando menos flaqueza natural que la que ellas tienen; y como todo esto lo hacía, no por flaqueza, sino por voluntad, dejó abierta para la consideración de los que le aman una gran entrada para que le traten y se derritan en estas maravillas del eterno consejo. Dan para esto grandes motivos las lágrimas con que el Señor entra en el mundo; y aunque en ellas se parecía á todos los demás niños, eran muy diversas en la causa de que procedían. David profetizó de este Señor, que el celo de la honra y casa de Dios sería en El tan grande, que siempre le andaría comiendo las entrañas; de suerte que por honra de Dios tomaría sobre sí todas las ofensas que en el mundo se le hacían; y así al entrar en el mundo, fué tanto el sentimiento que tuvo de las ofensas que los hombres hacen á Dios, presentes ya en su eterna sabiduría, que luego las comenzó á llorar, y toda la vida continuó en lágrimas y murió bañado en ellas. Así lo dice San Pablo, que tuvo el Padre Eterno tanto respeto á las lágrimas con que su Unigénito Hijo le rogaba por los pecadores, y á su divina persona, que por eso fué oído y nos alcanzó el remedio de nuestros pecados. Gastaba el Señor las más de las horas de su vida en orar al Eterno Padre por los pecados del mundo, y porque toda su Humanidad estuviese ocupada en merecernos perdón, su alma sacratísima con las potencias superiores estaba toda elevada en Dios, á quien como bienaventurada veía, y el cuerpo se estaba bañando en lágrimas, y alligándose con el sentimiento y dolor de los pecados cometidos por los hom-

bres, y por los que se habían de cometer contra Dios. Estas lágrimas debían de ser siempre muy copiosas: porque como el Señor fué siempre tan largo en sus cosas, que aun una vez que sudó sangre, fué tanta que llegó hasta la tierra, así debemos creer quedaría siempre regado de sus lágrimas el suelo donde oraba, y que le servirían ellas de baño muy gustoso, mientras no llegaba el de su sangre en que extremadamente deseaba bañarse.

No hacia nuestro Señor este oficio de lágrimas sin gran trabajo, sentimiento y pena: porque los trabajos son tanto más pesados, cuanto más de adentro son sentidos y más afligen el alma: por eso los trabajos exteriores no pueden tener comparación con los interiores. Además de esto, el sentimiento que el alma tiene de los males, es según la medida del conocimiento que tiene de ellos; y como sólo nuestro Señor es el que perfectamente conoce la grandeza y gravedad de ellos, los sentía cuanto merecen ser sentidos. Por eso el Salmista no supo comparar este sentimiento sino á cosa que continuamente anda comiendo y royendo las entrañas. Cuando los Santos quieren enarecer mucho la gravedad y fealdad de los pecados, dicen que si un pecador la viese claramente, moriría de pasmo. Y es verdad; porque la experiencia ha mostrado en algunos siervos de Dios, que no les da su Majestad claro conocimiento de la gravedad de sus culpas, hasta que les ha comunicado tanto de sí, que pueda el alma tener fuerzas para sufrirle; y aun entonces le da por muy breve espacio para acabarlos de purificar: porque en algunos se vió, que si durara más aquel rayo de luz y claro conocimiento de las culpas, no podría la naturaleza sufrir el espanto de ellas sin morir: pero acude Dios luego, encubriendo este rayo, y dando nueva esperanza de su bondad, y cautivándolos más en su amor y servicio, con que en un todo los junta á sí por amor. Y quien tuviere esto por encarecimiento, ponga los ojos en el Hijo de Dios, verdadero conecador de nuestros males, que no tuvo por mucho cuanto padeció por ellos, pues entendió que con menor precio que el valor de su sangre é infinitos merecimientos, no podían ser satisfechos: y así la vista de la gravedad de los pecados fué una de las cosas que en el Huerto le hicieron sudar sangre, y padecer agnias casi mortales, como adelante diremos. Habiendo, pues, tomado el Señor sobre sí todos los pecados del mundo para satisfacer por ellos, y conociendo perfectísimamente la gravedad de cada uno, ¿con qué sentimiento, con qué aflicción, con qué dolor del alma, con qué trabajo los lloraría?

No le haría más ligero el sentimiento ver que los pecados eran ajenos: porque su amor no podía ser propietario; y así tomaba nuestras cosas como suyas, y sentía nuestros males como si fueran propios. Cuanto más que no sólo se afligía el Señor por el mal que los pecados nos hacen, sino mucho más por la ofensa que en ellos se hace á Dios, y por ambos respetos le hacía su amor llorar continuamente. De aquí queda entendido, que teniendo los demás niños muchas razones de llorar al nacer, porque nacen en pecado ori-

ginal (hijos de ira), porque entran en destierro, por empezar vida tan llena de trabajos, desastres y pecados, tan lejos del cielo, tan arriesgados á perderle, y por cuantas miserias hay en la vida, que acaban en la mayor, que es la muerte, sin certeza de la vida eterna; con todo eso, como nacen con el uso de razón reprimado, no sienten; y la naturaleza hace su oficio muy propio de hijos de Adán, para que á lo menos por la entrada y fin de la vida, entiendan cuánta razón tienen para llorar los males del medio de ella. Pero el Hijo de Dios, sabiduría eterna, que sólo en la forma y tamaño exterior era niño, entra en el mundo como hijo de Adán, llorando; y como sabiduría de Dios, conociendo y sintiendo los males por que llora.

Allí vió claramente la sujeción y reconocimiento que hemos dado á la carne y al mundo; el desenfreno de nuestros desordenados apetitos; el olvido de las cosas soberanas; el desafecto á las espirituales; los cuidados de los humanos corazones tan empleados fuera de Dios; y muy por menudo los malos deseos, malos pensamientos, malas palabras y malas obras de cada uno de los nacidos y por nacer. Allí vió cuán mal podemos remediarnos sin Él; cuánto se había obligado á pagar por el mundo; y sobre todo, para cuántas almas nacía y había de trabajar en balde; cuán desconocido había de ser en la tierra, y lo demás que ni la pluma ni la lengua pueden declarar. Todo causaba en su corazón tal sentimiento, que aquellos ojos sacratísimos se convertían en fuentes de lágrimas que subían al cielo, y ablandaban la divina ira justamente irritada contra nosotros. Y como el Señor no sentía menos los pecados de cada uno que los de todo el mundo, cada uno debe tener con razón aquellas lágrimas por suyas y sentir el ser causa de ellas, aprovecharse de su fruto, y acompañar al Señor en hacer un oficio tan necesario á su miserable pecador. Vió el Profeta Ezequiel que del Templo de Dios salía del lado derecho una agua viva de tanta virtud, que salvaba á todos los que llegaba. Por el lado derecho se entiende muchas veces en la Divina Escritura la fortaleza divina, y la abundancia de todos los bienes, la cual estaba llenamente en aquel templo de Dios vivo, Cristo nuestro Señor, porque en su cuerpo (á quien El mismo llamó templo) moraba toda la divinidad; y de Él, en naciendo, manó este río de aguas vivas, como otro Jordán de dos fuentes, ó dos ojos, con las cuales todos pueden lavarse y quedar sanos de todas sus dolencias.

Aquí se ve cuán bienaventurados son los que lloran, como Cristo dice, pues tienen estas lágrimas para su consolación. Aquí se ve cómo este Señor hace oficio de verdadero Padre, pues toma sobre sí los trabajos de los hijos, y sólo hace el oficio de llorarlos y remediarlos, mandando á sus ángeles que pregonen placeres en el mundo, pues tiene presente á su esposo y remediator en cuya presencia nadie puede llorar. Trabajan los padres, sudan, negocian para los hijos, cuando ellos gastan la vida en entretenimientos; así quiso el Señor que todos sus hijos estén alegres, cuando él está llorando y hacien-

do con sus lágrimas oficio de Salvador. Con gran verdad, dice la Sagrada Escritura que mejor es ir á casa del llanto que á la de la risa: no sólo porque el fin de todo placer del mundo es tristeza ó muerte, sino porque por la mayor parte donde hay mucho placer en la tierra, hay mucho descuido de los bienes del espíritu y del cielo; y llegan los hombres á tal desatino, olvidados de aquellos bienes, que no son menos vergonzosas las cosas que lloran que las que festejan y las que no lloran. Festejan las cosas de la tierra, las prosperidades de la vida, los dañosos gustos de la carne, de que dice la Divina Escritura que pasando días largos en fiestas, son ellas tales y de tales cosas, que por ellas bajan en un punto al infierno á desengañarse sin fruto, y á llorar para siempre sin provecho. Lloran que les falten los medios de su perdición, el no poder cumplir sus gustos, y el verse en adversidades, que son los más seguros caminos para el cielo que ellos más aborrecen. Dejan de llorar los males del alma, las ofensas del Señor, las pérdidas de la vida eterna, y el peligro de la perpetua condenación en que viven. Nada de esto se ve en la casa de estas lágrimas del Señor, en este santo pesebre. Las fiestas aquí son angélicas, los gustos espirituales, las mercedes soberanas y divinas, la compañía de los justos, la Virgen, José y los pastores; llóranse en ella pecados, desprecianse gustos de la vida, merecese el cielo, y son consolados los que en ella entran. Y aunque las lágrimas son ordinariamente demostración y efecto de tristeza (porque ó se derraman por el bien que falta, ó por fin de tristeza cuando el bien llega), no dejan las de este Señor su propiedad; porque aunque El no puede sentir falta ni aumento de ningún bien propio que le cause lágrimas, todavía hace en ellas su oficio por nosotros, como pudiera hacer por sí; porque siente nuestros males, y la falta de los bienes que habíamos perdido, y es fin de la tristeza por la presencia de todo bien en el mismo Señor que las derrama, verdadero tesoro de todos nuestros bienes.

Todas las lágrimas tienen en este Señor singular compañía; las tristes, tienen el sentimiento de su paternal corazón: las fervorosas, tienen el amor que en El arde: las que nacen de deseos, tienen los bienes que ellas merecen; y de cualquiera calidad que sean, siendo buenas, á El le tienen en brazos y esto basta. Cosa es esta para que cada uno mire mucho por sus gustos ó disgustos, para saber si puede tener entrada con este Señor y parte en sus piadosas y amorosas lágrimas: porque lo que á un cristiano puede y debe causar mayor miedo en esta vida, es la facilidad y profundo descuido con que los hombres emplean sus aficiones y amor en cosas indignísimas de ser amadas por un alma criada sólo para Dios y para bienes eternos. De aquí nace vivir los hombres, ordinariamente, tan seguros en sus pecados y tan descuidados en limpiar sus conciencias, como si no hubiera en ellas que llorar, ni muerte que pasar, ni cuenta que dar á Dios. Entonces creen que tuvieron mejor día, cuando más cumplieron los terrenos deseos de la vida; y ajustadas bien las cuentas con las aficiones de que se dejaron llevar, y con el tiempo

que dieron al mundo y al gusto del cuerpo, y con el placer que tienen de las cosas por donde pierden el alma; tienen mucha razón en pensar que Cristo nuestro Señor llora por ellos en vano, y que mucho más en balde llegarán ellos á llorar eternamente, cuando no les aproveche. ¡Oh, cuánto mejor que ellos está el siervo de Dios, desfavorecido y desconocido del mundo, á quien tiene por indigno de sus falsos gustos, acompañando en las lágrimas á Jesús, logrando los frutos espirituales que ellas en sí dan y los eternos que nos merecen! ¡Cuánto mejor está el penitente que conoce sus culpas y acompaña á Jesús en el sentimiento de ellas y recibe el perdón que las lágrimas de este Señor le conceden! ¡Cuánto mejor está el recogido, de cualquiera calidad y estado que sea, que se sabe tomar cuenta de la vida y reformar sus yerros, cuidar de su alma y aprovecharse de su rincón para entregarse á Dios cada uno á su modo, en una familiar y suave comunicación de amor, indigna de los amadores del mundo, encubierta para ellos y sólo conocida de los que saben llorar amorosamente con Jesús, para ser de El consolados suavemente!

#### EJERCICIO DE LAS LÁGRIMAS DEL SEÑOR

Mi buen Jesús, amor de mi alma; ¿qué lágrimas son estas, que al entrar en el mundo derramáis? ¡Oh soberana consolación de los tristes! ¿Por qué os deshacéis en lágrimas, en el día en que entráis en la tierra de los alligidos pecadores, y en que los venís á consolar? Los ángeles cantan alegrías y alabanzas; dan nuevas de placer á los pastores, porque habéis nacido; mandan á los hombres que se alegren de haber nacido el Salvador, que sois Vos, único bien mío; ¿y solo Vos, buen Jesús, entre tantos cánticos celestiales, entre tantas nuevas de alegría, lloráis? Bendito, alabado y glorificado seáis, Señor mío, que venís tan deseoso de salvarnos y redimirnos de nuestros pecados, que ni sólo una hora queréis estar sin hacer este oficio; y lo que no hacéis aún por los pecados de los hombres, padeciendo y muriendo, lo hacéis llorándolos como si fueran vuestros. No queréis, amigo verdadero de mi alma, dejar de abrirnos en todo el camino para nuestro remedio; y porque sabéis que ha de haber muchos que os rieguen espiritualmente los pies con lágrimas y dolor de sus pecados, como hizo vuestra Magdalena, queréis Vos primero regar el pecho del Padre con las vuestras, y con ellas humedecer y enternecer las mías y santificarlas, para que ellas sean recibidas y perdonadas las culpas. Por eso, entrando en el mundo, comenzáis á satisfacer al Padre Eterno con lágrimas, lo que después habéis de acabar de pagar totalmente con vuestra sangre.

¡Oh amor de mi alma! ¿qué os daré por tanto amor como me tenéis? No sois, buen Jesús, como los otros niños, aunque os parecéis á ellos en echar la primera voz llorando. Ellos tienen mucha razón de llorar el destierro en que entran, el pecado original en que nacen, los peligros y trabajos que han de pasar y las miserias corporales y espirituales que, en naciendo, comienzan á padecer; pero

todavía no entienden; y la naturaleza ignorante hace sin sentir el oficio que la razón debiera hacer si tuviera uso. Mas Vos, mi eterno y divino Señor, soberano bien y luz de mi alma, bien entendéis lo que hacéis: con vuestra eterna sabiduría, veis los pecados de los hombres, las ofensas que se han hecho y se harán contra vuestro Eterno Padre, la perdición de las almas del mundo en que entráis, las miserias y necesidades interiores no conocidas, los yerros con que estamos ciegos, el gusto que tenemos de los pecados, por donde nos perdemos, el olvido de nuestra ley y de los bienes eternos, el aborrecimiento de las cosas celestiales, el amor de las terrenas que en el mundo reina, el engaño en que la gente vive contenta y apartada de Vos, el señorío que el pecado y el demonio tienen en las almas, el peligro de la eterna condenación en que el mundo vive descuidado, la ira de vuestro Eterno Padre, justamente irritada contra los hombres, y cuán imposible es á la flaqueza humana remediarse de estos males sin Vos y sin el amor que nos venis á mostrar en la tierra. Por eso, vida de mi alma, cuando os veis entrado en tal y tan perdido mundo, queréis que el cielo se alegre, pues luego será poblado por nosotros, y queréis que los hombres se alegren, pues os tienen ya en la tierra como su único soberano y verdadero remedio, y que á Vos sólo os dejen hacer vuestro oficio en medio de todos estos placeres, derramando de vuestros divinos ojos muchas lágrimas, nacidas del abrasado amor que en ese pecho arde, y ofrecidas á vuestro Eterno Padre con entrañable sentimiento de nuestros males y deseo de remediarlos. Por eso quisisteis que esos purísimos ojos sean al punto de nacer dos caños por donde salgan aguas vivas de ese misericordioso pecho que sanan nuestras llagas, y con esas lágrimas ardientes se derrita y gaste el amor helado de la tierra que nos mata. ¡Oh tesoro de divinos bienes, haced que lleguen á mí estas aguas vivas para que sea salvo!

Adórote, amor divino; adórote, piedad inmensa; adórote, misericordia infinita; adórote, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, tan cuidadoso de mi remedio y tan solícito en curar mis llagas. Bien te llamó Isaías robador apresurado, porque antes de llegar el tiempo en que tenías determinado hablar, como las demás criaturas, robas con esas lágrimas los bienes del cielo, las misericordias de Dios, las gracias espirituales y celestiales para los pecadores, y nos llenas de bienes soberanos. ¡Oh único salvador y remedidor de mis males! ¡Oh esposo fidelísimo de esta alma! ¡Oh padre amantísimo de este miserable pecador! Cuán grande verdad digiste, que no pueden los hijos del esposo llorar mientras lo tienen consigo, sino que cuando le tuvieren ausente llorarán la falta de su presencia; porque el esposo y padre presente toma sobre sí los trabajos de los hijos, cuida de remediar sus necesidades y consolarlos con su presencia; los hijos sólo cuidan de pasar la vida con gustos, dejando lo demás al cuidado del padre. Así Vos, mi buen Jesús, al punto que aparecéis entre nosotros, queréis que todos nos holguemos y descarguemos en Vos todos los cuidados; y Vos sólo cuidáis de aliviar

con vuestras lágrimas á los hijos que amáis, negociarles su remedio, buscarles y merecerles los verdaderos bienes de que carecen. Bendito y alabado sea, buen Jesús, ese paternal y divino amor que nos tenéis.

Pero aún más os debo, Dios de mi alma; porque no sólo comenstasteis la vida llorando, sino que con lágrimas la continuasteis, y llorando la acabasteis en la Cruz. Pasabais las noches y días en oración continua, lavando vuestro sacratísimo rostro y pecho, y regando la tierra con lágrimas, sintiendo mis males, como si fueran vuestros, y mereciéndome con ellas muchos bienes, como si fueran vuestros los provechos; y aunque no tuvieraís en la vida otros trabajos, bien grande es llorar en toda ella los males que no habéis cometido, y suspirar por nuestro remedio y bienes de que no tenéis necesidad. ¡Oh fuente infinita de misericordia! ¡Oh infinito fuego de amor eterno! ¿cómo no me derrito todo en lágrimas y en deseo de consumirme todo en vuestro amor y servicio, y en odio entrañable de mis males, cuando esto veo? ¿Cómo, mi dulcísimo Jesús, no os ayudo á toda hora en oficio que tantos bienes me mereció? Oh abrasadas y suavísimas lágrimas; enterneced y ablandad la dureza de este corazón ahora y en toda la vida, para que os ayude á llorar mis males, y todo me abrase en vuestro amor; porque si Vos, eterna sabiduría, no visteis en mí cosa que no fuese para llorarla toda la vida por su remedio, ¿qué ceguedad es la mía, que busco en la vida gustos, sin dolerme, ni conocerme? Alumbra, luz divina, mis tinieblas, para que me vea, me conozca, y me aborrezca. Desprended mi corazón del amor de la tierra que de Vos me aparta. Quitadme el gusto de las cosas, que me han hecho tan miserable, que no me entiendo á mí, y á Vos os hacen llorar toda la vida.

¡Oh infinita piedad tan larga en sufrirme, y tan rica en remediarne! ¡Qué fuera de mí, si no os compadecierais de mis grandes miserias, y si con misericordia no mirárais mis males! Porque bien mirada, Dios mío, mi vida, tanta razón tengo para temer y llorar, por lo que hasta ahora lloré, como por lo que no lloré. ¿Cuán doloroso sentí tanto, Dios mío, el que Vos me faltáseis, ó el perderos, eterna riqueza mía; cuánto sentí el faltarme, ó el perder cualquiera cosa y gusto de la vida? Llora, si pierdo al padre, hermano, pariente ó amigo, que ni me puede salvar, ni librar de mis males, y que tarde, ó presto forzosamente le he de perder; y cada día, por mis pecados, os pierdo á Vos y vuestros eternos bienes, y merezco ser apartado por mis culpas de la celestial compañía para que fui criado, y ni lo siento, ni lo lloro. Siento, aflíjome y lloro, si me dan los hombres disgustos; si no me dan lo que pienso que merezco; inquietóme dentro y fuera por cualquiera cosa contra mi gusto y voluntad; estimo y siento mucho una pequeña pérdida de honra y de crédito con los hombres; aflíjome si dicen de mí con razón, ó sin ella, cosa que imagine perjudicarme; no sufro que otro valga, ni medre más que yo; gasto el tiempo y la vida en regocijar y dar entretenimientos á este mi enemigo mortal, pesado, corrompido y miserable cuerpo,

causa de todos mis males: y si me falta con qué poderle cumplir sus gustos, me entristezco; pierdo por él y por mis aliecciones y pasiones el sueño y la quietud; y lo que peor es, tengo gastada mucha parte de esta miserable vida que me disteis, buen Jesús, para ganar el cielo, en obras, pensamientos y deseos por donde os pierdo; y soy tan miserable, que no sufro que me quiten ó aparten de las ocasiones de perderme y perderos, único bien de mi alma; y así lloro por las ocasiones de perdición, y me desvelo por ellas, como si fuesen verdaderos bienes.

Véome sin virtudes, sin victoria de mis tentaciones, vencido de ellas, tibio y sin fervor; sin fuerzas interiores para el bien, teniendo muchas para el mal; sin luz interior, sin fuego de vuestro amor, sin vivo deseo de agradaros, sin cuidado solícito de serviros, sin amor y deseo de padecer mucho por Vos, sin paz interior, sin cosa buena de que pueda pensar que tengo bien alguno por mi caudal. ¿Qué digo, Dios mío? Véome lejos de Vos, véome apartado de vuestros suaves brazos, véome en región y sombra de la muerte, sin Vos verdadera vida de esta alma; y no lloro, ni me deshago en lágrimas delante de Vos. ¿No sois Vos, buen Jesús, más verdadero padre, amigo, hermano, compañero, honra, riqueza, consolación y más bienaventuranza de esta alma, que todo lo que hay en la tierra? ¿Pues cómo no me corro de llorar por lo percedero, y no sentir que me faltéis Vos? ¡Oh lágrimas de infinito merecimiento, valedme! Ya que tantos bienes me merecéis, dadme también verdadero aprecio de lo que debo estimar; aborrecimiento de lo que se ha de despreciar; acabe ya, Señor, mi miseria; no ande tanto tiempo de mi vida engañado. Tened, Señor, compasión de una vida corta para poder merecer el cielo, y tan consumida en cosas de la tierra; siquiera desde ahora en adelante sea yo todo mudado en vuestra voluntad, por virtud de esas lágrimas abrasadas. Pésame, Señor mío, de todo lo pasado; deseo ayudaros á aborrecer y llorar mis males. Vos lo habéis de hacer. ¡Oh lágrimas que abris el cielo, abrid los ojos de esta ciega alma! ¡Oh lágrimas que penetráis el pecho del Padre Eterno, penetrad lo íntimo de este corazón! ¡Oh lágrimas que traéis á la tierra todos los bienes del cielo, levantede este terreno corazón á las cosas celestiales! ¡Oh lágrimas llenas de dulzura, de amor y de piedad, acabad de lavar esta alma, purificadla, abrasadla, transformadla, y mudadla toda en fuego de amor divino y aborrecimiento de todo lo terreno! ¡Oh, cuando llegará esta dichosa hora, que vea en esta alma los efectos de esas lágrimas divinas! Buen Jesús, lo que yo no sé pedir, esas vuestras lágrimas os lo piden; oídas á ellas, pues yo no merezco ser oído, y por ellas me dais aquello porque ellas se derraman.

Mi dulcísimo Jesús: es verdad que las lágrimas son remate de tristeza ó nacen de ella; porque la tristeza, que es sentimiento y dolor de perder ó faltar la cosa amada, hace llorar por lo que se desea y ama; y cuando llega, acaba la tristeza con lágrimas del bien presente, cuya falta se sentía; y por eso vuestros santos y siervos que

os buscan con deseo, lloran los males porque os perdieron, y lloran cuando os comunicáis y mostráis á sus corazones, por el gusto de tan gran bien que sentían faltarles, y que ya tienen en sus almas.

Si esto es así, como lo es, ¿qué bien os falta á Vos, buen Jesús, para llorar por él, ó qué bien os puede llegar de nuevo, que lloréis por el gusto de tenerle presente? Vos sois el mismo eterno bien, y con Vos tenéis todas vuestras riquezas; y así como no puede haber en ellas falta ni mengua, tampoco puede haber aumento. Pues vida de mi alma, ¿qué bien os falta para que le sintáis y lloréis por él? ¡Oh infinito amor, no propietario, sino común, liberalísimo de todos los bienes propios, y solícito de los ajenos! ¡Oh caridad divina, tan abrasada por los bienes de los hombres, como rica de los suyos propios! ¡Oh fuego hambriento, cuya hambre no se sacia sino con mudarlo todo en sí! Parece que mostráis, amor de mi alma, no estar contento, sino después que con vuestro fuego mudáis todas las almas en Vos; y como las hicisteis para Vos, sentís perderlas como pérdida de vuestra propia hacienda, y lloráis por cobrarla. Parece que está alegre el fuego, cuando arde en llamas, y que llora cuando se apaga y se deshace en cenizas. Ahora, Pastor divino, que venís á buscar las ovejas erradas y perdidas, entráis en este valle de lágrimas, en que se perdieron, llorando por ellas; y después que tomasteis nuestros pecados y los castigos de ellos sobre Vos; y con mucho trabajo, dolores y muerte, juntaréis vuestras ovejas en el redil de la gloria y pastos celestiales; entonces os alegraréis, entonces estaréis contento. ¡Oh fuego infinito, oh amor eterno, que si no tenéis donde abrasar y ensancharos, y muchos corazones que encender, lloráis! Pues, vida de mi corazón, Jesús dulcísimo, veis aquí la más perdida oveja por quien lloráis: no lloréis por esta alma; abrasada toda, y estad contento; mudad esas lágrimas á mí. Pues estáis, amor divino, tan avariento, que siendo infinito bien, aún me queréis á mí, y lloráis por mí, ¿quién impide que os hartéis de mí? ¿No sois fuego, no sois divino, no sois todopoderoso, no sois infinito? ¿Pues quién impide que consumáis todo lo que en mí os descontenta y me mudéis todo en Vos, y os contentéis de mí? ¡Oh mi Dios, oh bondad infinita: sean esas lágrimas mi pan de día y de noche, mientras no os siento en esta alma! Dadme que lllore porque os perdí después que os tuve: lllore porque no os pierda. Alegradme con vuestra presencia: huyan con ella de esta mala tierra los enemigos. ¡Oh Señor, deseo en esta hora pedir mucho, desear mucho, amar mucho y enjugar esas lágrimas; mas no sé lo que me abate. Vos, que me conocéis y me veis, pues lloráis por mis males, remediadlos: y ya que también lloráis por el deseo de mis bienes, dadme lo que veis que me falta, mi amor, mi Jesús, mi Padre, mi esposo, y todo mi único bien.

¡Oh, cuán graa verdad dijisteis, Dios mío, en la divina Escritura, que *mejor es ir á la casa del llanto que á la de la risa!* De Vos está escrito que nacéis llorando y morís llorando, y que en el cielo enjugáis con Vos mismo las lágrimas de los justos. Vos digisteis, que

son *bienaventurados los que lloran*. De los mundanos está escrito, que gastan sus días en placeres, y en un punto descienden á los llantos eternos, al infierno. Oh vida de mi alma; ya que todo esto es así, ¿cuánto mejor es este pesebre lleno de vuestras lágrimas, que los palacios reales llenos de pasatiempos y de músicas? No hay placeres en la vida que no sean cercados de tristeza; y no hay lágrimas vuestras que no sean llenas de bienes y de alegrías. En medio de los gustos de la tierra, se muda todo en tristeza por los trabajos de la vida, ó por la muerte; y en lo mejor de los gustos engañosos de los pecados, si llega la muerte, los muda en lágrimas eternas. Los pecadores que delante de Vos lloran sus pecados, salen justificados y alegres; y los justos que vivieren en continuas lágrimas y deseo de veros y poseeros, salen consolados con placeres eternos. ¡Oh vida de mi corazón: cuánto mejor es llorar con Vos, que fiestas y placeres sin Vos! ¿Qué más quieren los que lloran, que teneros á Vos por compañero, por único bien y perfecto consolador? Hacedme, buen Jesús, uno de los de vuestra casa. ¡Qué suavísima hora aquella en que regándose el cuerpo con lágrimas, os tiene el alma íntimamente abrazado! Oh divino Niño, abrazaos conmigo: lloremos ambos: Vos por mí, y yo por Vos: ganaréisme á mí, y yo os poseeré: os consolaréis conmigo, y yo con Vos. ¡Oh, qué blanduras, qué tesoros comunicáis á los que lloran, pues con Vos y por Vos serán en la eterna bienaventuranza consolados. Acaben, buen Jesús, para conmigo los placeres de la tierra; comiencen en mí las fuentes de lágrimas; y pues llorando os tengo, desde ahora renuncio todos los placeres de la vida. Venid á mí, buen Jesús: derretidme todo en deseo de poseeros: sea para mí este mundo valle de lágrimas, para que merezca gozaros siempre en las soberanas y eternas alegrías.

¡Oh Madre de este Señor sacratísima, que veis y entendéis sus lágrimas, y en ellas le acompañáis con el gusto de ver tan gran bien delante de vuestros ojos y en vuestros brazos! alcanzadme de estas lágrimas lo que ellas me desean. Oh celestial corte, regada con el fruto de estas lágrimas, y feliz con los bienes que os merecieron; compadeceos de este hijo de Eva desterrado, y alcanzadme el aborrecimiento de lo que me impide vuestra compañía, y el abrasado fuego de amor de lo que ya veis, amáis y poseéis para siempre. Amén.

#### TRABAJO VI

Desabrigo en las asperezas del tiempo.

**L**A batalla que el Señor tuvo en esta vida contra los pecados, no fué (como digimos) sólo para satisfacer por ellos al Padre Eterno, y merecernos gracia con que librárnos de ellos; sino también para dejarnos ejemplos de virtudes, en que viésemos el mal que nos hacen, y aprendiésemos á evitarlos. Por tanto, se armó mucho más contra los vicios que más reinan en el mundo, y contra sus más comunes ocasiones, dándonos muchos ejemplos de las vir-

tudes contrarias, como son humildad, tolerancia, aborrecimiento y desprecio de todo el gusto del mundo, de lo que estima, y otras virtudes semejantes; y porque el amor del cuerpo, su cuidado y regalo, es una de las cosas que más ocupan á los hombres, y más ocasiones dan de muchos y graves pecados; por tanto, el Hijo de Dios, luego que nació, y por el resto de su vida, trató su cuerpo de manera, que los que tuviesen fuerzas, espíritu y gracia para mortificar, refrenar y castigar el suyo, imitasen en este Señor altísimos ejemplos; y los que no se atreviesen á tanto, á lo menos viesen en el tratamiento que el Señor dió al suyo, cuánto deben precaverse de tan cruel enemigo doméstico, para no perder por él los bienes celestiales.

Uno de los gustos que los hombres dan ordinariamente á los cuerpos, y que les gasta la mayor parte de la vida y de la hacienda, es buscar invenciones para librarlos de las injurias, mudanzas y asperezas del tiempo, y para sentir menos aquello á que naturalmente están sujetos. Esto fué lo que inventó la curiosidad de las casas, sótanos, galorías, jardines, bosques, fuentes, estanques, vestidos, camas, comidas, músicas, fuegos, y otra mucha variedad de regalos, unos para el calor, otros para el frío, y otros para divertir en algo al sentido, que no sienta tanto lo que lezosamente ha de padecer. Y como el enemigo regalado no da otro fruto sino traiciones contra aquel á quien debe sujeción y obediencia, se engrie este tirano; y quiere, siendo esclavo, ser Señor; y á vueltas de los gustos de estos regalos, da entrada á descuidos de la vida eterna, á el aprecio de toda cosa terrena, á profanos y deshonestos placeres, á soltura de los sentidos, para cuantas cosas pueden cautivar y someter el alma á su amor y servidumbre. En vista de la mucha soltura y descaro que de esto hay en el mundo, como por el gran peligro que las almas corren de perderse, los Santos Padres, movidos y enseñados del Espíritu Santo, inventaron la vida común de los Monasterios, donde hubiese una medianía para pasar la vida, y se cortase toda la demasia con que se pierde el alma, sin faltar ocasión para quien pretenda apretar con otras asperezas su cuerpo. Muchos no contentos con esto, se retiraron de los poblados, yéndose á los desiertos, sin casas, sin vestidos, ni comidas. Unos vivían toda la vida en perpetuo ayuno, otros al calor, frío y sereno, desvelándose todos en negar al cuerpo lo que les pedía, aunque fuese necesario, con tal empeño, cuanto el de los mundanos se ocupa en regalar el suyo.

Nuestro divino Maestro Jesús, apareciendo en el mundo, nace desnudo como todos los hijos de Adán, en sitio desabrigo, en el mes más frío del año, á la hora de media noche, tiritando de frío, sin abrigo ni comodidades. En creciendo, no mudó el vestido que nuestra Señora le dió, bien pobre, y con él anduvo hasta dejarle el pie de la Cruz; no se precabía del calor, ni se abrigaba contra el frío, ni huía del sereno; y como su cuerpo era de la masa que los demás, y pasible, no hacía en El menos impresión la aspereza del tiempo, que en cualquiera otro. Mientras vivió en casa, no era la fá-

brica tal, que bastase á defenderle del frío y del calor. Después que salió á tratar con gentes, la tierra era su cama y el cielo su tejado; su sacratísimo cuerpo, barbas, cabello y vestido, recibían en sí los rocíos, heladas, lluvias, vientos, sol y calores, con los trabajos que esto trae consigo, como si El fuera un pecador que de todo hubiese abusado; y por no dar descanso al cuerpo, si de día recibía algún regalo y comida, por las noches salía al campo, á los montes, ó huertos, á orar y padecer. Era este Señor el legítimo autor y Criador de los tiempos, que los repartió en las diferencias que tienen para servicio de los hombres; y debemos pensar de El que, como infinitamente sabio, ya cuando los hacía, se alborozada su amor y le daba gusto particular la previsión del trabajo que por esta misma variedad de tiempos había de pasar. Entonces criaba para sí el frío del invierno, el calor del verano y la aspereza de los vientos, satisfaciéndose solamente del trabajo que ocasionan, y dejando á los hombres los frutos temporales que producen de que El usó muy poco.

Grande compañero tienen en este Señor los pobres: á quienes falta lo que sobra á los ricos; y aunque padezcan trabajo y desabrigo en los tiempos, por no llegar su posibilidad á tener los defensivos necesarios, todavía, como es prudencia cristiana saber hacer de la necesidad virtud, conviene se acuerden de lo que dice San Crisóstomo, que como Dios tiene mucha cuenta con el amor y buena voluntad, no acepta menos los trabajos forzados que los voluntarios; si el amor, la voluntad y el deseo de servirle, le hace sacrificio y le ofrece lo que no puede dejar de padecer.

Y con mucha razón podemos pensar esto de Dios, porque como los trabajos que forzosamente sobrevienen, proceden de mano de Dios, como la voluntad que El da para tomar otros de su servicio por nuestras propias manos, no se da por menos servido de uno que de otro; antes bien, si los pobres tuviesen espíritu de Dios, no se deben tener por poco dichosos en que Dios les dé en el mundo la suerte que escogió para sí; pues aunque cuando nació había muchos justos ricos entre el pueblo de Dios, sólo se manifestó á la compañía de los pobres, su Madre, San José y los pastores. Con Cristo desabrigado y atribulado, tendrán una grande consolación y merecimiento, si le ofrecieren el frío, calor y necesidades que padecen, en unión de los que El padeció; porque juntando su poquedad á esta tan divina compañía, quedan con ella mereciendo frutos de vida eterna. Y si hacer de la necesidad virtud vale tanto delante de Dios, ¿cuánto valdrá padecer por virtud la necesidad? Sin duda los yerros poblados de voluntarios penitentes, los Monasterios llenos de voluntarios necesitados, las voluntarias asperezas con que se trata el cuerpo, el voluntario cortar sus demasias, tienen en este Señor no sólo ejemplo y muestras de su mucho aprecio, sino esfuerzo y ánimo para todo aquello que á la naturaleza le parece superior á sus fuerzas; porque el amor, que no acostumbra (como dice el Crisólogo) disculpársé con la dificultad, ni achacar imposibilidad de no poder hacer lo que desea, con tanto más ánimo acomete las cosas

cuanto más dificultosas é imposibles parecen, para asemejarse en alguna manera con el verdadero amigo que es Jesús. Así cuenta Paladio, que unas santas mujeres, viviendo muchos años entre unas paredes altas, sin tejado, con grandísimo trabajo, preguntadas cómo podían sufrir aquella vida, no supieron dar otra razón, sino que la hermosura del Esposo era tan grande que no dejaba parecer mucho, ni grande el trabajo que hacía asemejarse á El y darle gusto. Y si los delicados y esmerados en regalos, supiesen las espirituales dulzuras de los que por Dios se desprenden de otros gustos, y los suaves regalos con que son tratados de este Señor, muy lejos estarían de hacer por sus cuerpos lo que hacen. Mas porque también esto es más para experimentar que para hablar, por una cosa podrán conjeturar lo que pasa en el corazón de los justos que padecen necesidades; y es que en ellas viven más contentos y alegres, que ellos en todos sus regalos, ni trocarán una hora de sus fríos ó calores en compañía de Jesús, por todos los gustos de todos los más regalados del mundo.

Parece que no tendrán aquí lugar los que no son tan rigurosos consigo que lo dejen todo por Dios, como son los Reyes, nobles, casados, y la demás gente buena del mundo. Pero en la verdad, también éstos tienen mucha consolación en los trabajos del Señor, viendo que con dar en sí ejemplos tan rigurosos para la vida humana, á ninguno obligó á seguirlos, antes bien mereciéndonos El la gloria con tantos fríos y calores, nos deja ir á El con abrigos y regalos, y nos mereció con sus trabajos remedio para los males que el alma comete por el gusto del cuerpo. Pero así como permitió á los hombres el uso de estas cosas, no les dió licencia para desmedidos excesos, ni para rendir á ellas el amor que le deben. Y aunque para librarse de las tiranías de su cuerpo tengan éstos más trabajo y peligro que los que lo dejaron todo; si se valieren de la frecuencia de Sacramentos para purificar el alma, y del ejercicio de las virtudes que caben en su estado, y tuvieren cuidado del alma, para que no se derrame, ocupe y distraiga en las cosas y gustos del cuerpo, tanto como él quiere; poderoso es el que de las piedras sabe hacer hijos de Dios, para sacar rosas de las espinas, y flores de lo no cultivado.

Pueden también éstos tener un singular modo para sanearse con Dios, y que le es muy acepto: que cuando vean la diferencia que hay de ellos á Cristo en el tratamiento de sus cuerpos, les sirva lo que en Cristo ven de propia confusión delante de Dios, y le pidan misericordia y desprendimiento de todo lo que puede impedir su amor; porque este nuestro amigo es tal, que se paga mucho de la humildad de corazón, y suple con amor todas las faltas de nuestra naturaleza, y llena con abundancia los verdaderos deseos del corazón. Y pues es tan liberal con nosotros, siendo tan riguroso consigo, ¿quién se puede quejar con razón? ó por mejor decir, ¿dejará de tener razón para quejarse, si olvidando cuanto El hizo, sólo tratamos de dar gustos al enemigo que le destruye las almas que con

tanto trabajo redimí? No se olvide aquí, para agradecer más á este Señor las mercedes que nos hizo en los trabajos que por nosotros padeció, el que quiso sujetarse en ellos á las leyes, que estableció contra Adán, una de las cuales fué que comería el pan con el sudor de su rostro, en una tierra que en lugar de trigo le daría espinas. Por pan, se entiende todo aquello que buscamos para pasar y subsistir la vida; por sudor, el trabajo que todo cuesta; porque el sudor es el mayor indicio del cansancio y trabajo corporal; y así quiso Dios decir, que pues no supo, ni quiso aprovecharse del estado del Paraíso, tendría por pena de la desobediencia el granjear la vida con mucho trabajo; y muchas veces trabajaría en vano. El Hijo de Dios, cuya principal granjería fué salvar las almas, quiso pasar por la misma ley, y con sudor de su rostro, con mucho frío, y con mucho trabajo, quiso buscar el remedio, como hijo del fatigado Adán; y lo peor es, que pasó también por la otra parte de pena, de trabajar en balde por muchas almas, que en lugar del fruto de vida dieron el de perdición. Sólo da fruto y gusto deseado al Señor el corazón que sacude de sí el fuego del amor terreno, y la tibieza y frialdad del divino, porque esto da al Señor más trabajo que las asperezas del tiempo que padeció, á las cuales se sujetó para excitar nuestros corazones á que le recojamos en lo íntimo de nuestras almas, donde nunca desecha el acogimiento que le hagamos, ni hay obsequio de amor que pueda ser demasiado.

#### EJERCICIO DEL DESABRIGO DEL SEÑOR

Blandura divina, ¿cómo no enternecéis la dureza de este corazón, para amar y agradecer tantas invenciones cuantas vuestro amor halló, para mostrarme lo mucho que me queréis? ¿Cómo sufrís que viva yo tan frío entre tanto fuego de vuestro amor? No permitáis, buen Jesús, que ese vuestro eficazísimo amor que no sabe estar ocioso, se ocupe sólo en Vos; mandadme que obre en mí, y emplee aquí toda su fuerza. En la dureza de este corazón tiene más que hacer; si obrare en mí sus obras, seré yo todo abrasado y Vos glorificado. Adóroos, Niño divino; ámoos, soberano bien mío, oculto en esos miembros. En todo sois grande, en todo os parecéis á Vos; ni pueden esos pequeños miembros encubrir la riqueza de vuestros soberanos tesoros. Sólo el parecer es flaco; mas, ¿qué cosa hay en Vos, que no sea soberana y admirable? ¿Qué haréis, buen Jesús, por mí, cuando esos miembros crecieren y tengan fuerza para padecer mucho, si ahora, que en lo natural necesitan de abrigo, tan rigurosamente los tratáis? Veo que no templáis la aspereza del frío; veo titilar ese cuerpecito con el desabrigo de una noche tan fría; véoos con una Madre tan pobre, que escasamente tiene con qué cubrirlo; veo esa morada tan abierta, que no tiene rincón en que os puedan abrigar; no veo aquí braseros para calentarlos; todo es falta y necesidad. Bendito y alabado seáis, riqueza infinita del cielo.

Deteneos, buen Jesús, ahora, pues tenéis tantos trabajos que pasar después por mi remedio. Pero estas son las fiebres de vuestro

amor, que no os permiten reposar; el cuerpo padece fríos, destemplanzas de aires y de tiempos; el alma y la divinidad arden en vivo fuego. No sois Vos como los que se contentan con poco, y dejan las obras bien comenzadas sin acabar. Toda la vida, esperanza de mi corazón, vivisleis desabrigo; nunca os guardábais del calor; nunca os defendíais de los fríos; nunca mudábais vestidos en las mutaciones del tiempo; nunca usasteis de comodidades y regalos. Siempre os supo bien lo más áspero y duro de la vida, de que todos huímos. ¿Cuántas veces, bien mío, amaneceríais con ojeras, y descolorido, por el frío de la noche? ¿Cuántas veces vuestra sagrada cabeza, barbas y ropa, amanecerían blancas por el sereno y rocío? Y porque todo lo puedo pensar de vuestra infinita y eterna bondad, y del amor que me tenéis, imagino de esas amorosas entrañas que cuando criábais el mundo para casa y sustento de nuestros cuerpos, y cuando repartíais los tiempos, ya dábaos al invierno los fríos, al verano los calores, y á los vientos el rigor para que os atormentasen; ya entonces os alborozábais para venir ahora á ayudar á los hombres en el trabajo del rigor de los tiempos. Así luego, en naciendo, como quien desea lograr lo que tiene hecho para sí, mandáis á la noche fría que os atormente, y comenzáis á pasar el trabajo de los tiempos que criasteis para atormentaros, con tanto gusto como los mundanos huelgan de los jardines y casas de placer, que hacen para sus desordenados apetitos. ¡Oh amador fidelísimo de las almas! ¡Oh Maestro verdadero de las soberanas y puras verdades! ¡Oh compañero amiguísimo de los atribulados pecadores! ¡Cuán lejos está de Vos el mandar y no hacer; pues en el tiempo que calláis, hablan vuestras obras por Vos.

Bien veis, buen Jesús, cuánto tiempo me lleva mal gastado el cuidado y regalo de este miserable cuerpo, enemigo verdadero del alma. Bien veis cuánto me quita la memoria de las cosas interiores por ocuparme en sí; cuán obediente soy á todo lo que de mí quiere, aunque sea con peligro de perderos; y viviendo en brazos de un enemigo malicioso, astuto, falso y peligroso para todo bien de esta alma, nunca le falto con cuanto quiere, y nada me parece mucho para satisfacerle. Veo que si cuidó mucho de él, nada me agradece: si hago mucho por él, más me pide; si mucho le sirvo, no se harta de mandar; si mucho le regalo, se me vuelve más flaco; cuando pienso que le tengo contento, más se queja; y si quiero pago de él, me satisface con apartarme de Vos, con abatir esta alma á toda bajeza mundana, y con no sufrir que cosa vuestra, capaz de impedir sus gustos, dure en mi corazón. ¡Oh conocedor de mi interior, cuánto tengo en esto que llorar! ¡Oh verdadera vida de las muertes de esta alma, tened de ella misericordia! No os enojéis contra mí. Los males que por satisfacer á este cuerpo padece mi alma, solo Vos los conocéis; cuán cautivo me traen, solo Vos lo entendéis; y aunque lllore toda la vida, siempre tengo que llorar; y por más que me limpieis, siempre tengo que recelar. Valedme, Señor, contra mí, porque Vos sabéis cuánto debo temer el tiempo



en que traté de mi cuerpo más que de Vos; y cuánto me debo correr del tiempo en que con vuestra gracia en alguna manera os busqué; porque, buen Jesús, espejo y amor de mi alma, ¿cuándo hice por Vos lo que el mundo y el cuerpo hacen por sí? No tienen fin las demasías é invenciones de los mundanos en casas, vestidos y regalos, para huir el calor y el frío, para amparar el cuerpo contra la molestia del tiempo; todo para esto les parece poco; para ello dejan á las viudas y los huérfanos pobres, y vuestro culto divino desamparado; y yo, cuando vuestra gracia me inspira que os busque y recoja en mi alma, ¿qué casa os prepararé en mi corazón? ¿Qué braseros de amor encendí para abrigaros? ¿Con qué pureza os recibí? ¡Oh bondad infinita, tan larga en sufrirme, y tan liberal en perdonarme! Valiendo más una hora de tus suaves gustos interiores, que todos cuantos me puede dar el mundo, ¿cuánto más hace él por los suyos, siendo falsos, que yo por los verdaderos? Vida de mi corazón: mi alma enmudece y se confunde. Curad, Señor, las llagas de esta vuestra criatura que tanto amás.

Solo Vos lo hacéis todo como quien sois; y yo en todo me parezco á mí. Hago por este cuerpo mucho, por ser malo y perverso; contentome con hacer poco por Vos, como flaco y miserable. Son mis males grandes, á la medida de mi dañado corazón; son los bienes pequeños, por lo pobre que soy de bienes, y como tal, Dios mío, me conozco. Solo Vos sois grande en todo; grande en padecer y en atribularos; grande en hacer mucho por mí; grande en amarme; grande en perdonarme; grande en disimular conmigo, y grande en acomodaros á mi pequeñez; pues no me obligáis á hacer cuanto hacéis; me dejáis acudir á las necesidades de este cuerpo, y sólo me pedis que os ame mucho. ¡Oh, cuándo llegará esta hora que supla con amor grande la flaqueza y mengua de este cuerpo! ¡Oh divino amor, en todo grande; enciéndete en este corazón, y haz en él tus grandes obras. Dadme señorío en esta carne, y si no puedo sufrir en ella cuantos trabajos sufrís por mí, dadme una hambre de Vos, que no se harte. Siquiera deseé yo mucho, ya que Vos hacéis tanto. Quidad de mí toda demasia: enseñadme á no dar á este enemigo más de lo necesario; mudad en Vos todo mi desvelo, pues sólo en Vos está bien empleado. Trocad, Señor, desde ahora para siempre los cuidados de esta alma; tomad Vos el cuidado de mí, y dadme que me ocupe yo todo en Vos. ¿Qué puedo querer fuera de Vos, que me sea bueno? ¿Qué me puede faltar, si con Vos me contento? ¡Oh vida perdida la que fuera de Vos gasté! ¡Oh amor mal empleado fuera de ahí! Vos sois el verdadero descanso de esta alma, el verdadero remedio de mis necesidades, el amparo seguro en mis trabajos, el Padre único y verdadero que me sustenta, y tiene cuidado de mí. Pues vida de mi corazón, ¿cómo no me contento sólo con Vos? Abrid, Señor, este pecho, recibid y remediad esta vuestra criatura, porque de cualquiera manera soy vuestro. Y pues lo soy por justicia, vuestro quiero ser desde ahora sin fin, por voluntad, por amor y por delicia.

Pero, Señor de mi alma, esperanza mía, mi verdadero contento, ¿qué os atormenta más, el frío que padecéis, ó la frialdad de esta alma? Enseñadme, Señor, á entenderos y contentaros. Bien sé que con la aspereza de ese frío estáis pagando el mal de mi helado corazón. Sufrís ese con gusto, y amenazáisme que me desocharéis de ese pecho paternal, si me halláreis con tibio corazón. ¡Oh infinita misericordia; qué será de mí, que no conozco hora en que ardiese en fuego de vuestro amor! Halláis tolerables los fríos y calores temporales, como caminante que en su casa espera descansar; y llegando á este corazón que para Vos criasteis, y le tenéis por casa de vuestro descanso, queréis hallar buen acogimiento, abrigo y fuego. ¡Oh, quién siempre os recibiera con puro amor! ¡Oh, quién nunca os echara de sí con frialdad! ¿Qué mucho que queráis eso de mí, si usáis conmigo la misma ley? Hicisteisme, Dios mío, para Vos, y ordenásteis que siempre ande mi corazón inquieto mientras no descansase en Vos. Quisisteis ser mi morada y casa de placer; echásteisme en este destierro para que por él camine á Vos y os merezca; y si consentís que pase trabajos como caminante de tierra áspera y seca, en llegando á Vos no sufrís que esté cansado ni descontento; luego hallo que me estáis esperando; luego me consoláis; luego me mantenéis; luego me mostráis que en solo Vos están mis verdaderos bienes y descansos. En Vos no queréis que halle falta, porque tenga por bien empleado todo lo que hiciere por llegar á Vos; y si á veces disimuláis, es para que con más suavidad y gusto os posea. Sois tan justo é igual, que la misma ley queréis tener conmigo; sólo en mí queréis acogimiento y abrigo; sólo en mí queréis descansar; sólo conmigo queréis vuestros pasatiempos, y sólo sentís hallar el corazón y habitación de esta alma poseída de otro amor, fría y desahogada del vuestro. Si halláis en mí buen acogimiento, todo trabajo le tenéis por bien empleado, y si halláis el lugar ocupado, eso sólo os fatiga. ¡Oh mi amor, mi gloria, mi hermosura; cuántas veces llegasteis, y no os abrí; cuántas llamasteis, y no os respondí; cuántas entrasteis, y os deseché; cuántas os troqué, bienaventuranza mía, por mi perdición! ¿Para qué vivo, Dios mío, si no vivo para vos? Acabad ya, Señor, esta miseria, y pues ni cansado dejáis de porfiar por entrar en esta alma, haced que os reciba. Venid, esperanza mía; venid, salud mía; venid, gloria mía; echad fuera los malos habitadores de esta alma, que es vuestra morada. Encended en ella el fuego de vuestro amor, cerraos por dentro, no me dejéis á mí hacer en ella lo que quiero, mudadme á vuestra voluntad. Nos os fieís de mí, Dios mío; bien sabéis que cuando estoy delante de Vos soy largo en prometer y desear, y en saliendo de aquí soy tardo en cumplir, faltó á la palabra y soy frío en amar. Haced Vos vuestra obra, pues no puedo tener ningún bien sino en Vos. No se pierda, vida de mi alma, vuestra obra por mi malicia; reparad lo destruido, ganad lo perdido; glorificaos en vuestra criatura, reinad y aposentaos en lo que es vuestro, y recogedme á mí con Vos, mi Dios, mi Señor y mi bienaventuranza perfecta.

Haced, mi único bien y amparo, que conozca cuánto os debo. Distéis contra Adán la sentencia de que con el sudor de su rostro y el trabajo del cuerpo se alimentaría del pan, y muchas veces en lugar de pan cogería espinas; y Vos, mi verdadero Adán y Padre, que no tenéis más gustoso pan que los corazones, aunque sabéis cuántos se os han de convertir en espinas, no queréis dejar de pasar por la sentencia rigurosa de Adán, sino que buscáis y trabajáis por mi remedio con fríos, calores, sudores y trabajos. ¿Qué hay en mí para que gustéis de mí y hagáis tanto por mí? ¿Qué os importa el ser amado? Pero, perdonadme, Dios mío, ¿qué quiero saber más que el quererlo Vos? Mas si sólo esto queréis, ¿porqué no os amo? Mucho me dáis en amarme, mucho en querer ser amado, y no sé en cuál de estas cosas me dáis más. ¡Oh amor, que tanto me amas y tanto haces por ser amado de mí! ¿Qué te detiene para que no se haga lo que deseas? ¿Cómo te puedo amar sin tí? Haz en mí lo que mandas, y manda lo que quisieres. Quemad ya el rastrojo y espinas de esta alma que tanto trabajo os dan; romped este terreno corazón; sembrad en él vuestro divino amor; consumid esta interior frialdad, y pues todo me queréis, tomadme todo, que yo no sé más que gemir y llorar. Abrid esos tesoros, pues para todos tenéis. ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh verdadero amor!

¡Oh Madre de Dios, purísima morada de este Señor, á quien mucho más aposentábais en el alma que lo que le abrigábais en lo exterior! ¡Oh tesorera de todos estos bienes, alcanzadme de ese Señor lo que El quiere de mí, pues sabéis que sin El soy una pura pérdida! ¡Oh soberanas moradas y casas celestiales, corazones purísimos en que Dios descansa: acordaos que fuisteis peregrinos: compadeceos de éste que anda en peligro, y alcanzadme de este Señor que en Vos reina, que haga en mí su perpetua morada! Amén.

#### DE LA SACRATÍSIMA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

Antes que pasemos adelante, me parece necesario prevenir á los que se ejercitan en la consideración de los trabajos del Señor, que no se olviden de la compañía que le hizo en ellos la sacratísima Virgen María por todo el espacio de su vida; porque nos dió su Majestad á esta Señora tan perfecta y tan llena de todas las virtudes y gracias para honra de nuestra naturaleza, y suplir con ella nuestras faltas, y no satisfacerse en ella por todos de lo que en todos desea y no halla. Después del pecado de nuestro primer padre Adán, quedó tal esta nuestra naturaleza, que ningún hijo suyo puede presumir de sí sino imperfecciones y defectos, aun en las cosas en que pensamos que agradamos á Dios y le servimos. Así, dice Isaias, que todas vuestras justicias y virtudes son tales y tan imperfectas, que no menos podemos corrompernos de ellas que de nuestros defectos: y aunque no lo expresa por estas palabras, compara vuestras virtudes á un lienzo, que sirve para limpiar cosa inmunda y después de hacer su oficio queda sucio. Así las virtudes que hacemos para curar los defectos de la naturaleza son tan flacamente ejercita-

das, que tienen en qué humillarnos por sus imperfecciones. Y como nuestro Señor hizo esta naturaleza, según San León Papa, para que fuese imitadora de su Criador, quedó por los pecados tan abatida, que se halla ya mucho más abajo de la semejanza de las divinas perfecciones en que Dios la crió para poderlas imitar, como es razón, y para hacer Dios en ella el asiento de placer que deseaba. A todo esto acudí, y todo lo restituyó con hacer á la Virgen sacratísima su Madre y Señora nuestra, tan perfectísima, que en su alma habitase por todos á su voluntad, y le fuesen sus servicios más aceptos que los de todas las demás criaturas humanas y angélicas, y en su alma más que en todas brillase la perfectísima semejanza de las divinas perfecciones. Y fué esto tan cumplido, que hasta en lo exterior mostraba una tan soberana perfección, que San Dionisio Areopagita dice, que si la fe no le enseñara que había un solo Dios, creyera cuando vió á la Virgen nuestra Señora, que en Ella estaba perfectamente la divinidad. A este modo declara San Atanasio las palabras del Angel: *El Espíritu Santo sobreventurá en tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra*: la sombra hace donde da, una semejanza del cuerpo cuya es, y vemos claramente de lo que es, por lo que figura. Así el Espíritu Santo puso tantas perfecciones en la Señora del mundo para ser digna Madre de Dios, que parecían en ella como una sombra de las de Dios. ¡Tan al vivo las representaba! Y como esta Señora no tuvo ociosa ninguna de estas gracias y perfecciones, con todas ellas servía y agradaba al Señor perfectísimamente. Conocía los divinos misterios muy altamente, sacaba de ellos los frutos del espíritu con suma prudencia, y en todo acudía á sus obligaciones tan pura y cumplidamente, que simulaba Dios todos los humanos defectos para sufríroslos y curarlos, por tener en esta nuestra corrompida naturaleza una criatura humana que en todo llenaba sus deseos, y hacía todas sus voluntades. Por eso dice de Ella el Evangelio, que en estos primeros misterios de la entrada del Señor en el mundo y de su vida, conservaba la Virgen ponderaba y confería en su corazón todo cuanto pasaba. De los placeres tomaba cuanto bastaba. Los trabajos del Señor los conocía y sentía cuanto cabía, y haciale en todo fidelísima compañía, cuanto sabía que el Señor de ella quería. Acuérdese, pues, de esta Señora el que trata de los trabajos de Jesús, para ayudar á sentirlos, y recibir de ella compañía, muy acepta á Dios, con que suplir sus faltas.

#### TRABAJO VII

##### Circuncisión

**D**o quiso Cristo nuestro Señor después de su nacimiento pasar muchos días sin dolor que le costase sangre y tormento, en que diese las primicias de la mucha que había de derramar y ofrecer al Eterno Padre por nuestro remedio: y así á los ocho días de su vida, que era el tiempo en que la ley dada por Dios á Abraham

mandaba circuncidar los niños, se sometió á la misma ley, siendo Autor de ella. Muchas cosas desobligaban al Señor de esta ley, fuera de ser su Majestad el mismo Dios que la dió; primeramente, por ser instituida para protestación de la fe del Mesías que la gente israelítica esperaba; porque por la Circuncisión confesaban vivir en la esperanza, fe y amor del que había de venir á salvarlos; y como Cristo nuestro Señor era el mismo esperado y prometido Hijo de Dios hecho hombre, no tenía otro mayor cuya fe y esperanza protestase por la Circuncisión. Era también esta una señal dada por Dios á Abraham y cuantos de él descendiesen por la línea de Isaac su hijo, significando el contrato en que Dios se obligaba á llamarse Dios de aquel pueblo israelítico que de él descendería, tomándole por suyo; y el pueblo se obligaba á tenerle á El solo por Dios, y así este pueblo sería únicamente el escogido de Dios, en tiempo que todos los demás pueblos y naciones del mundo serían reprobados por sus idolatrías; y en señal de ser pueblo escogido usaría de la Circuncisión. Este era el contrato; y como Cristo vino á concluirle y á hacer un redil de todos los pueblos y naciones del mundo, á llamar á todos igualmente y escoger de todos á los que quisiesen vivir y morir en su fe y amor, sin diferencia de naciones, ya quedaba desobligado á la señal del contrato que El como autor había de mudar.

También por la Circuncisión corporal les obligaba Dios á cortar y apartar de sus corazones toda dureza y malas inclinaciones que perjudicasen á su amor y observancia de la ley; y como en Cristo, pureza y perfección infinita, no había interiormente que cortar, siendo El el que purifica las almas, ninguna obligación tenía de la señal que miraba á la reformación interior. Sobre todo, la Circuncisión era un Sacramento de la ley vieja, en el cual, por la protestación que en él se hacía de la fe y esperanza del Mesías y sujeción á la ley de Dios, se perdonaba el pecado original; de suerte que este Sacramento era signo y remedio de pecadores; pero Cristo, que en cuanto Dios y en cuanto hombre era impecable y autor de la gracia y del perdón de los pecados, como cordero de Dios que quita los pecados del mundo, estaba tan desobligado á tomar en sí el remedio de ellos, cuanto distantísimo de poderlos tener; antes bien, parecía muy grande abatimiento sujetarse á la ley que los remediaba, tan impropia y contraria á su Majestad como los pecados. Pero el divino amor, á quien ninguna cosa puede perjudicar, no tuvo por impropia ocasión para mostrarse y reinarse, aquella en que podía abatirse á la cosa más contraria á su Divina Majestad; porque tanto quedaba más realzada su fuerza, cuanto en cosas más impropias obraba sus divinas operaciones. Por eso no tuvo Cristo por mucho el mostrarnos su amor en cosas soberanas y altas, sino que mucho más se dió á conocer en las bajísimas á que El se sujetó. Entre éstas una es la de tomar figura de pecador, no sólo en ser hijo de la carne del pecador Adán, sino también en tomar las penas y remedios instituidos para limpiar las culpas.

Confunde nuestro Señor en esto un género de soberbia que ha cundido mucho en lo más de la gente, que no teniendo ningún temor de Dios para cometer muchos y gravísimos pecados, le tienen muy grande en parecer pecadores cuales son. De donde viene, que sin ningún sentimiento de las llagas del alma, por donde se pierden (como dice San Bernardo), tienen vergüenza de las ligaduras y medicinas con que se curan, y muchas veces no las sufren. Conocemos (aunque por la mayor parte muy mal) cuán malos somos, y mucho menos sufrimos ser tenidos y conocidos por aquello que en verdad sabemos; y engañámonos con la humana alabanza, aceptándola por parecer á los ojos de los hombres lo que dentro de nosotros sabemos que no somos. Estos y otros desatinos son propios de corazones amigos de sus llagas, y descuidados de los verdaderos remedios. Por eso nuestro verdadero Médico y Maestro muda en sí con claridad esta ponzoñosa inclinación humana; pues siendo cuanto hay en El la verdadera, pura y esencial santidad y la salud que á todos cura, encubre la inefable perfección de su pureza divina y humana, y se circuncida como pecador; humíllase á parecer lo que no es, y á tomar el remedio de las culpas que no tiene; y enseña por tan público pregón, que no puede ser abatido quien fuere tenido por malo, no siéndolo; ni será honrado delante de Dios quien fuere malo, no pareciéndolo.

Una consideración me parece que realza mucho la obligación en que estamos á este Señor, por querer la pena y forma de pecador en la Circuncisión, por la cual parece le debemos más que por otras obras en que tomó la misma forma; y es que en las demás obras siempre mezcló cosas que á vueltas de su abatimiento eran demostración de la Majestad encubierta, excepto en la Circuncisión. Cuando nació llorando y temblando de frío, como los demás pecadores, los ángeles, pastores y reyes le adoraron por Dios. Cuando se ofreció en el templo con oferta de pecador, el Santo viejo Simeón y la Santa profetisa Ana, publicaron su divinidad. Cuando se hizo bautizar en el río Jordán como pecador, la voz del Padre, el Espíritu Santo en figura de paloma, y el Bautista, dieron testimonio de ser Hijo de Dios. Cuando se dejó tentar en el desierto, vinieron los ángeles á servirle como á su Dios. Cuando se cansaba y sudaba como flaco, los milagros publicaban su grandeza. Cuando se dejó prender, derribó primero en tierra á los ministros con sólo su nombre. Hasta en el día de su Pasión puesto entre dos ladrones en la Cruz, el sol que se eclipsó, la tierra que tembló, la grande voz con que expiró, el velo del templo que se rompió, y el centurión que le guardaba, dieron testimonio de El tan convincente, que los que le habían crucificado se recogieron á sus casas dándose golpes de pechos, y confesándole por Hijo de Dios. De suerte, que de tal manera parecía pecador, que juntamente añadía otras cosas que manifestaban su grandeza. Sólo en la Circuncisión parece que del todo se olvida de sí y de su honra; ni hay allí ángeles, ni sol, ni milagros, ni gente que le publique otro de lo que El quiere parecer,

satisfaciendo por entonces su amor en el gusto de estrecharse con nosotros; porque si con esto nos uniese mucho á sí, tiempo le quedaba para dárse nos más á conocer. Y así, aunque tomó después otras penas mayores, esta no nos obliga menos, porque en ella se olvidó más de sí por nuestro amor.

Cuando no hubiera otra ninguna cosa en la Circuncisión sino el ser penosa, como lo era, y trabajosa de sufrir, sólo por eso se circuncidaría el Señor; porque venía tan deseoso de padecer, que no pudiera componer consigo dejar de pasar por los dolores que los demás niños, cuando no podía tomar otros en aquella edad. Era este dolor de la Circuncisión muy grande; porque parece se hacía con cuchillos de piedras agudas, como hizo la mujer de Moisés á sus hijos; y como Dios mandó hacer á Josué, cuando le intimó que circuncidase todo el pueblo antes de entrar en la tierra de Promisión; por esto sería el dolor gravísimo, y mucho más lo era al tercer día, como dice la Escritura. Y lo que los demás niños sentían, sin saber ni entender lo que pasaban (que les hacía más leve la pena), en Cristo nuestro Señor no tuvo entrada, porque la edad no impedía su entendimiento y sabiduría, antes sentía la pena con todos los quilates que le correspondían, y sufría con el mismo amor con que después se puso en la Cruz; y derramaba su sangre con el mismo gusto con que después la derramó.

Tenia este Señor mandado en la Ley, que de todos los primeros frutos de la tierra le ofreciesen primicias; y como determinaba ser tan pobre, que no tuviese en la tierra cosa propia en que reclinara la cabeza, dió en este primer tormento las primicias de su sacratísima sangre, como de la cosa que en la tierra había de dar más fruto de cuanto en ella había. Quiso también que conociésemos claramente los extremos de su amor, el cual ni halla impedimento en la tierra edad para dejar de padecer, ni fin en la muerte para dejar de arder: porque á los ocho días, con gran dolor y tormento, le sacó el amor de su cuerpo sacratísimo las primicias de la sangre, que después de muerto había de acabar de derramar y agotar del todo por el costado. Todos estos extremos hace Cristo por una gente que gasta la niñez en puras ignorancias, la mocedad en principios de toda vanidad, y el resto de la vida en dar gusto al cuerpo y seguir lo que mata el alma; con que la muerte no tiene otro mejor oficio que lágrimas de la vida pasada, en que las cosas fuera de Dios y á El contrarias, tienen la parte principal; y la Majestad, á quien toda se debe, queda con la más pequeña y á veces sin ninguna. Quien tuviere los ojos abiertos, tendrá mucha razón de avergonzarse á vista del cuidado de este Señor, que no quiere tener edad ni día desocupado de nuestro remedio, ni sin demostraciones de lo mucho que nos quiere: pues desde nacido hasta glorificado, todo se redujo á padecer mucho y hacernos muchas mercedes.

No sin causa quiso este Señor, que le costase tanto nuestra redención, en que siempre trabajase desde nacer hasta morir; porque quiso manifestarnos cuánto más nos amaba, que todo lo que había

criado. No le costó á Dios más el criar á los hombres que á las hormigas; todo igualmente fué hecho porque quiso, sin otra ninguna obligación. Y no haciendo Dios caso de que las demás cosas pereciesen, sólo porque los hombres no se pierdan, tomó todos sus trabajos, dió por ellos tanto precio, y quiso que le costase tan cara su redención, porque no juzgásemos que estimaba poco esta su criatura; la cual si no le costó nada el criarla, le costó mucho el redimirla. Por esta obligación nos empeña San Pablo á perpetuo servicio de este Señor, no sólo con todas las fuerzas del alma, sino también con el cuerpo, porque dice que fuimos *comprados á gran precio*.

Verdad es lo que dice nuestro P. San Agustín, que mucho menos bastaba para satisfacer por nosotros: mas lo que alcanzaba para la redención, no satisfacía á su amor, y todo lo había menester para saciarse. Mas también es verdad lo que dice San Cipriano, que hizo Dios tanto para redimirnos de nuestros pecados, porque la facilidad del perdón no soltase las riendas al pecar. Somos tales, y tan inclinados al mal, que todo esto fué necesario para que conociésemos el peso y la gravedad de las culpas, que necesitaron tan trabajos remedio. Y si aun con esto nos arrojamus tan fácil y desentadamente á los vicios, ¿qué haríamos, si Dios con tantos trabajos como tomó por redimirnos, no mostrara cuánto los aborrece y cuánto mal nos hacen? Pues vea cada uno el estado en que se halla con toda la vida gastada en deleites de pecados, sin tener dolor de ellos, viendo á su Redentor sin perdonar á la niñez, ni descansar en toda la vida, ni bartarse en la muerte de trabajar por curarlos.

Acostumbraban en aquel tiempo poner nombre á las criaturas, cuando las circuncidaban. También este Señor, para que sus principios correspondiesen á los fines, quiso escribir en su santísima carne, al octavo día, el sacratísimo nombre de Jesús (que quiere decir *Salvador*), con su sangre; ya que en el fin de la vida había de hacer este oficio, y concluir la obra de nuestra salvación, derramando cuanta tenía; y por eso le fué puesto el nombre de Jesús en la Circuncisión, según previno el Ángel de parte de Dios: aunque el glorioso San Bernardo dice que en este día y hora no le fué puesto este nombre nuevamente, sino que en él fué llamado por el nombre que más le competía, como es ser *Salvador*, y la misma esencial y sobresubstancial salud que á ningún otro corresponde; y solo El trae consigo nombre correspondiente á quien es. A las demás cosas de la tierra se les dan nombres impropios, porque á la verdad no son lo que significan, y los nombres son mucho mayores que ellas. Honra, riqueza, tesoro, majestad, grandeza, alteza, imperio, y lo demás que significan cosas grandes, son nombres impropios; porque ninguna de las cosas á que se ponen es, á la verdad lo que ellos significan. Solo Cristo nuestro Señor es tan verdadera salud de nuestras almas que por lo que eternamente es de su naturaleza, trajo consigo el nombre, aunque no quiso que se declarase sino en el día en que primeramente manó de su sacratísimo

cuerpo el ungüento de su preciosa sangre, con que sana todas nuestras heridas.

Otros muchos nombres profetizó Isaías que había de tener el Señor: que eran robador apresurado; Manuel (esto es, *Dios con nosotros*), Admirable, Consejero, Príncipe de la Paz, Dios, Padre del otro mundo, y otros que se encierran y son declaraciones del sacratísimo nombre de Jesús; porque para ser verdaderamente Jesús (esto es, *Salvador*), había de sacar las almas del poder del demonio, del pecado, de las ceguedades, y de los males por donde se pierden, como esforzado y acelerado robador. Había de ser Dios, y andar entre los hombres: Maestro y Consejero de admirables doctrinas, con que nos salvase de nuestros yerros. Había de reconciliarnos con Dios, haciendo paz entre el cielo y la tierra, como lo hizo: había de ser Padre y Autor de la vida eterna, y abrir las puertas del cielo, y darle á los que le mereciesen, y su reino había de ser eterno, como lo es. Todo esto es ser perfectísimo Salvador, y todo esto significa y se encierra en el sacratísimo nombre de Jesús: y querer el Señor este nombre, es otro nuevo exceso de su amor; porque preguntando Moisés á Dios por su nombre, le dijo que se llamaba Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, y que por ellos quería ser siempre conocido: porque como éstos fueron grandísimos amigos de Dios, y leales siervos, por cuya generación hizo más divinas obras que por todas las naciones del mundo; se preciaba Dios tanto de ellos, que no quería ser conocido por otro nombre, sino por Dios de sus amigos. Pero viendo el Hijo de Dios cuán acabados estaban en el mundo sus amigos, y cuánto había de hacer por los enemigos, á quienes quería mostrar grandísimos extremos de amor y de verdadera amistad, aunque no era de ellos correspondido, no quiso ya ser conocido por otro nombre que el de amigo y Salvador de enemigos. Y si antes quiso honrar la amistad de sus amigos con tomar nombre y título de ellos, siendo tan pocos, en este sacratísimo nombre de Jesús quiso honrar su amor tan general á tantos y tan grandes pecadores, llamándose su Salvador, con que todos quedasen honrados y admitidos á su verdadera amistad. De suerte que ya Moisés no se puede preciar de ser sólo su amigo porque vió á Dios cara á cara; ni Abraham, Isaac y Jacob, son solos los privados, porque conversaron con Dios á quien no veían: sino mucho más nosotros los pecadores somos los favorecidos y singulares amigos, que le tenemos en nuestra figura, y circuncidado como pecador, conversando, viviendo y muriendo entre pecadores, y llamándose en el cielo y en la tierra nuestro Salvador. Y como este Señor es tan Salvador nuestro, quiso que su sacratísimo nombre de Jesús fuese formidable al infierno, ensalzado en el mundo, adorado en el cielo; y que en Él tuviesen las almas justas sus placeres; las pecadoras, su salud; los peligros, seguridad; los descansos, contento; las necesidades, remedio; la peregrinación, esperanzas; los fríos, calor; los devotos, amor; el miedo, esfuerzo; la tristeza, alegría; los bienes, fuente, y los males, redención.

#### EJERCICIO DE LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Llegó, buen Jesús, amor de mi alma, la hora tan deseada en que habéis de empezar á derramar vuestra sangre por los pecadores. Mostradme, amor mío, ese corazón, el fuego que le abrasa, el ansia y gusto con que espera los primeros dolores que habéis de padecer por nosotros. Tanto os debo, Señor, por el amor y gusto con que todo lo hacéis, como por las mismas obras y mercedes con que me honráis. ¿Quién como Vos, Dios de amor? ¿Quién os enamoró tanto de mí? ¡Oh, si anduviese este corazón tras de Vos ardiendo, como veo que Vos andáis tras de mí! Yo siempre tardo en ir á Vos; y á Vos, mi verdadero amigo, os parecen ocho días largos años, por el deseo de padecer por mí la pena y dolor de la Circuncisión, y darme en ella las primicias de vuestra sacratísima sangre. A mí, ni con leyes ni con amenazas acabáis de llevarme á Vos; y Vos, sabiduría divina, sin obligación de la ley, os sujetáis á ella, por ser ley de padecer en que podéis mostrar la del amor, que os tiene tan cautivo y pegado á los pecadores. Derretíos, entrañas mías, en amor de este Señor. Abríos, tomadle y recogedle en lo íntimo del alma. ¡Oh mi suave amor, oh mi segura y perfecta amistad! Nunca halláis disculpa para mostrarme el amor que me tenéis; no os excusáis con la edad, ni con vuestra Majestad, ni con el rigor de la ley, ni con que estáis desobligado; sino cuanto más libre y más Señor, tanto más cautivo del amor os mostráis, y en todo es vuestro amor el que os gobierna.

Todo lo hacéis porque amáis, todo lo padecéis porque amáis, y amáis porque amáis. Pero, ¡oh buen Jesús! ¿quién á quién? Vos á mí, en quien no veis cosa digna de ser amada, sino la ocasión que mis males os dan de mostrar la grandeza de vuestro amor, los tesoros de vuestra misericordia y las riquezas de vuestra bondad.

Poco fué para Vos haceros hombre, niño, pobre, lleno de lágrimas, sujeto á mis miserias; quisisteis además de esto parecer pecador y tomar en vuestra carne el remedio que señalasteis para los pecadores, distando tanto el pecado de vuestra naturaleza, que si pudiérais tenerle, fuera imposible ser Dios. ¿Qué es esto, vida de mi alma? Si la cosa que más aborrecéis son los pecados, ¿cómo sufrís parecer pecador? La fealdad del pecado hace feo al infierno; la mancha de las culpas de nuestra alma nos aparta de Vos; ¿pues cómo Vos, divino Salvador de los pecadores, no sólo sufrís, sino buscáis figura de pecador, no sólo haciéndoos hijo del pecador Adán, naciendo de su carne, sino sujetándoos á los propios remedios que disteis para limpiar pecados? Os dejáis circuncidar, habiendo Vos ordenado el Sacramento de la Circuncisión, para que los pecadores protestasen en él la fe con que creían en Vos, Dios verdadero; y en virtud de aquella fe y protestación, les perdonáseis el pecado original. Mandasteis hacer esta protestación y remisión con sangre, cuya pena sufriesen todos los hijos del pecador Adán, porque nacían tales como el padre. Mas Vos, pureza infinita y Dios verdadero, que sois el mismo infinito y soberano Señor, en quien todos creemos, y por

cuya fe y amor nos salvamos, siendo el mismo misericordiosísimo perdonador de las culpas, ¿qué necesidad tenéis del remedio de los pecados? Amoos, piélagos de infinito amor; adóroos, infinita sabiduría; alabo y engrandezco vuestros soberanos é incomprensibles consejos. Aborrecéis los pecados, pero amáis al pecador, y no os permite vuestro amor dejar de pareceros al amado en la pena, aunque no tenéis culpa. Os obligasteis á pagar por mis culpas, para tener motivo de pasar por las penas que merezco, y tuvisteis más cuenta con mi remedio, que con vuestro decoro en esta parte. Sois, mi divino bien, tan alto, que ningún mal llega á Vos; tan limpio, que ningún pecado os puede manchar; tan puro, que ni la figura de pecador os puede dañar; y aunque os es tan impropia, sois tan perfectísimo amador, que más queréis arriesgar vuestra honra, que mi remedio. ¿Qué hallásteis en mí, Dios mío, para amarme tanto? ¡Oh amor infinito; así como todas las cosas las criasteis sólo por amor de Vos mismo, así amáis con tan grandes excesos sólo por vuestro amor! Por satisfaceros á Vos mismo en estos extremos, por mostrar en ellos el fuego que arde en ese pecho, llegasteis al extremo de los extremos: en querer parecer lo que es imposible que seáis, para que cuando os viesse semejante á mí por el amor, en eso mismo conociese quién sois.

¡Oh gran Dios y gran concedor mío! ¡Cuántas cosas fueron necesarias para alumbra mi profunda ceguedad, para humillar mi loca soberbia y para meter en camino mi errado proceder! Cuanto más alto os veo y más ocupado en mi bajeza, más conozco los extremos del infinito amor que me mostráis. ¡Oh divino espejo de bondades! alumbrad mis ojos para que en Vos me vea; y viéndome, y conociendo cuánto os debo, me humille, y humillándome os agrade, y agradándoos me llenéis del resplandor de vuestra luz; para que así purificado y alumbrado, se ocupe todo mi amor en Vos, como Vos estáis todo ocupado en mí. Si en Vos es mucha grandeza de amor el que queráis parecer pecador, no pudiéndolo ser, ¿cuán gran desatino é intolerable soberbia es en mí gustar de ser pecador y no querer parecerlo? ¿Gustar de las llagas, por cuyo remedio derramáis esa sangre, y correrme de la cura de ellas? ¿Huir de toda virtud y trabajar por parecer lo que no soy? Curad, Señor, en mí estas contrariedades, tan sin fundamento ni razón. No puedo negar cuán mala y fea cosa son los pecados, pues me afrento de que lo sepan; y por otra parte, así gusto de cometerlos, como si fueran bondades. Afrentome del castigo, porque no me tengan en mala cuenta; y téngome por contento cuando en ellos haga mi gusto. Mátome porque se me restituya la honra, cuando se publica lo que no soy; y en ninguna cosa ocupo más el sentido que en ser lo que me avergüenza de parecer. ¡Oh infernal desorden! Amo el mal, para tenerle y perderme; aborrezco, para que se conozca y curarlo. Todo me vence desordenadamente: el amor de mis males, á que estoy rendido con gusto, y el aborrecimiento de su fealdad, para que no se ponga remedio; y tan gran mal es aborrecerlos de esta manera, como amar-

los; porque los amo, para no sufrir la enmienda; y los aborrezco, para conservarlos. Y á la verdad, todo es amor de mis llagas, íntimo gusto de mis culpas y afecto de mi perdición.

De este desorden nace en mí, Dios mío, otro no menor. Creo cuán alto y soberano sois, y que me estáis viendo; conozco y experimento cuán bajos y miserables son los hombres que me ven; sé que vuestro juicio verdadero me puede condenar justamente; sé que el juicio de los hombres más me puede pervertir, que santificar; sé que lo que soy delante de vuestros ojos y en vuestro juicio, eso soy, y sé que no soy en la realidad lo que los ojos de los hombres juzgan; ni me pueden ellos hacer mejor; y con todas estas verdaderísimas certezas, que conozco y creo, ningún temor, ninguna vergüenza tengo de ser delante de vuestros purísimos y divinos ojos cual Vos me veis, y trabajo por parecer á los ojos de los hombres lo contrario de lo que en mi conciencia veo que soy. Y para que todo sea desorden en este mi desbaratado corazón, finjo blandura exterior con corazón de víbora; finjo honestidad con deseos y obras deshonestas; finjo desprecio de vanidad; finjo humildad, con soberbia, arrogancia y vanagloria; finjo celo santo con una grande ambición; santifico mis vicios con capa de virtudes y, entonces, quedo más incurable cuando parecen mis llagas más curadas. Dejo aparte el tiempo en que fui tan siervo de mis vicios y malas inclinaciones, que no me corría de los pecados, y me burlaba de la cura de ellos, propasándome con descaro á mostrarme en lo público servidor, y seguidor de mis culpas. Hacía gala y donaire de ellas; sordo á toda verdad, que deshacía mis mentiras; ciego á toda santidad, que reprendía mis males, y perdida la vergüenza á cuanto me podía refrenar; porque me gloriaba de mis males; y cuando como cristiano era forzoso buscar remedio, dejaba las raíces vivas, para que nunca me faltasen las compañías de mi perdición, á quien amaba más que á la salud de mi alma. ¡Oh divina misericordia, que todo esto veis, cuando por mí padecéis! Ya entonces os prevenís para sufrirme, esperarme y perdonarme. Parece que conocisteis no llegaría yo jamás á consentir la cura de mis males; y por no condenarme, la tomasteis sobre Vos. Anéguese, Señor, mi alma á vista de este piélagos sin fondo de misericordias; mas ¿qué haré, hallándose también anegada en el abismo de tan desordenadas desventuras? Vos sabéis que ninguna cosa clama más á vuestros oídos, que mis males. En otro tiempo acudiais á semejantes clamores, y abrasábais ciudades, destruiais los pueblos y confundiais en el infierno á los pecadores; ahora, Dios de mi alma, miráis por ellos, tomáis sobre Vos mismo nuestras penas, nos miráis con misericordia, nos perdonáis con piedad, nos ayudáis con amor, os juntáis con nosotros; hasta tomar nuestra figura, para que con vuestra virtud seamos salvos. Pues, buen Jesús, ¿habéis de ser Vos el que pena por mí, y he de quedar yo llagado?

¡Oh paternos entrañas, sanad este hijo pródigo y enfermo! ¡Oh divina pureza, limpiad á este leproso! ¡Oh vida soberana, resucitad

este muerto! Llégueme la virtud de esa sangre; quitadme con ella mis desordenes, y ordenad en mí vuestro amor. Pues para Vos me hicisteis, poned en mí vuestro temor. Aborrezca yo lo que Vos aborrecéis, y ame lo que amáis. Apartad mi corazón de los ojos de los hombres, y ponéle en Vos. A Vos sólo contento yo, y descontentéme de mí toda criatura. ¡Oh amador soberano de mi alma, oh remediator poderosísimo de mis pérdidas, conocedor sapientísimo de mis yerros y de mis remedios! plantad un tal aborrecimiento de mis males en este miserable corazón, y una tal estimación y amor vuestro, que huya de mí para Vos, y huya de todo lo que me trae ciego y engañado, hacia vuestra sombra y amparo. Conózcame toda criatura por quien soy; ayuden á vengar en mí vuestras ofensas. Despegad mi corazón de los afectos que le traen arrastrado, para que vuestras obras no queden en mí sin fruto. Ya que no gasté en Vos toda la vida, como Vos la gastasteis en mí, renovadme siquiera en la última parte de ella, aunque parezca tarde. Poderoso sois, que me hicisteis de la nada: hacédme de malo, amigo fidelísimo y siervo leal de vuestra casa. Mostrad, Señor, en mí la virtud de esa sangre, para que toda criatura os glorifique, viendo el poder y Majestad que tenéis encubierta en esa niñez y delicadeza. Toda alma conozca que la figura de pecador es en Vos poderosa para mudar pecadores en realidad de Santos; y que los más pobres de bienes, son por Vos y en Vos más ricos, más santificados y más abrasados en vuestro amor. Acordaos, Señor, que si nos adquirís mucha salud, porque padecéis mucho y porque amáis mucho, también digisteis que á quien más ama, más se le perdona: y pues tomasteis para Vos el penoso padecer, para darme á mí el suave amar, dadme este amor grande, para que me perdonéis mucho.

¿Para que tomasteis, Señor, con dolores y sangre el nombre de Jesús, si habéis de estar sordo para mí entre tantas voces como os dan mis necesidades? Antes de nacido mandasteis decir por el Angel, que os llamaríais Jesús, porque habíais de perdonar pecados. Pues, buen Jesús, veis aquí al pecador. Si por tener mucho que padecer y perdonar comenzáis á los ocho días, para tener tiempo para todo cuanto deseáis pasar, y luego os llamáis Jesús para empezar desde luego á salvar, comenzad por mí, buen Jesús. Oh mi Jesús, ya no os quiero pedir nada: Vos sabéis lo que he menester: haced en eso lo que Vos queréis; bástame á mí vuestro nombre: con Jesús he de ir dondequiera que me echéis ó me pongáis. Escribiré á Jesús en mis ojos, en mis oídos, en todos mis sentidos y en mi corazón: huirá de mí el infierno, me temerán los demonios, conoceráme el cielo; y Vos, mi buen Jesús, no me desconoceréis. ¿Por ventura puedo yo ser pecador, sin que Vos seáis mi verdadero Salvador? ¡Oh Jesús, Jesús mío, mi Jesús: Jesús, porque sois Salvador; y mío, porque soy pecador! Canta, alma mía pecadora, á mi Jesús: no te corras de ninguna obra buena, ni de El: cántale con amor ahora que es niño, pequeño y de tu medida: después llorarás con El grande, en la Cruz. No le digas ahora pecados, porque no le disgustes: dile so-

lamente cantando el nombre que El se huelga de oír. Oh Jesús, Jesús, Jesús; dulce Jesús, suave Jesús, hermoso Jesús, rico Jesús, amoroso Jesús, divino Jesús, amigo Jesús, Padre Jesús, compañero Jesús, Rey Jesús, todo para mí Jesús; descansa, Jesús, en este corazón que te desea, que quiere arder en tu amor. Si es corazón pecador, tú eres Jesús Salvador: si es corazón humano, tú eres Dios humanado: desfállece, mi Jesús, mi lengua y mi corazón con Vos; y pues no sé hablar, hábleos mi amor, mi suavísimo Jesús; oh, mejor hablad Vos, para que yo os oiga y os conozca, oh mi Jesús.

Oh Madre de Jesús, tan rica de El; enriqueced con El mi pobreza. Oh celestial corte de Jesús, que no tienes más bien que á El; llevadme con Vos á ver á Jesús para siempre. Amén.

#### TRABAJO VIII

Destierro de la patria por persecución de Herodes y adoración de los Reyes Magos.

TR<sup>E</sup>INTA años enseñó Cristo nuestro Señor, con el silencio de obras maravillosas y perfectísimos ejemplos, las divinas doctrinas que al cabo de su vida, en espacio de tres años, había de publicar al mundo por obras, palabras y padecimientos; para que así quedasen las verdades evangélicas más claras, y las cosas más contrarias á la naturaleza se hiciesen con su compañía más dulces; la maliciosa doctrina del mundo y de la carne quedase más desengañada y la humana negligencia ó tibieza más sin disculpa.

Los yerros de la vida humana no podían ser reducidos á cierto y saludable camino, sino imitando el hombre las perfecciones de Dios; pero á éste no le veía; necesitaba no seguir á los hombres, á quienes veía, porque todos iban errados; por tanto, dice nuestro P. San Agustín, se hizo Dios hombre, para que el hombre tuviese hombre á quien viese y Dios á quien imitase; y porque las obras son para la imitación mucho más poderosas que las palabras, tomó Dios, hecho hombre, treinta años para las obras, y sólo el diezmo (que fueron tres) para dar á entender y declarar sus obras. No correspondía á la vida del Salvador que hubiese en ella tiempo ni edad ociosa de su oficio; por eso desde niño comenzó sus maravillosas y divinas obras por ejemplos contrarios á los errados principios de los hombres. La más general y ordinaria entrada de los errados de la vida humana, es meterse los hombres, cuando llegan á conocer, por el camino que hallan más trillado, y aprobar ó desaprobar las cosas que en el común aprecio de las gentes hallan más seguidas. Tratan luego de hacer asiento en lo suyo, en su honra, en su hacienda, en dar descanso y gusto al cuerpo, en divertir los sentidos, en parecer grandes, y tras de esto buscan pretextos á la virtud y contradicción con la vida; á que se sigue, por remate de todos los yerros, frialdad del amor de Dios, olvido del cielo y los demás vicios de que abunda la vida humana. Esto, que por la mucha costumbre y verlo tan trillado no se siente, es el cimiento y fundamento de todos los pecados y